

ALEXANDRA CÁRDENAS

Volveré a mentirte



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2024



Ediciones Kiwi

Primera edición, noviembre 2024

ISBN: 978-84-19939-62-3

Depósito Legal: CS 697-2024

© del texto, Alexandra Cárdenas

Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A los que aprendieron que ciertas mentiras
no nos hacen más libres.



Hace un tiempo, mi abuela me explicó el significado de «etéreo».

En ese momento, no me pareció para tanto. De hecho, apenas le presté atención a sus palabras.

Años después, me doy cuenta de que tuve un momento precioso con ella y dejé que se me escapara, como el agua entre los dedos al nadar. Ella también lo hizo: pese a lo que me empeñé en creer, no era eterna. Por eso, desde que nos dejó, me obsesiona cada vez más revivir sus recuerdos.

No sé en qué momento la dichosa palabra ha vuelto a mí. Ha sido como un chispazo incendiando mis pensamientos. He cerrado los ojos un momento, flotando en mitad del mar, y ha aparecido como si alguien la escribiera tras mis párpados cerrados.

Etéreo, del latín *aetherius*.

Extremadamente delicado y ligero, algo fuera de este mundo.

Me quedo flotando en el mar un poco más, con la vista enterrada en las oscuras arenas a las que el sol juega a arañar al traspasar la superficie del agua. Las sombras juegan con los peces, que se vuelven rayos plateados cuando estas los atrapan. Y, mientras observo la vida desde mi lugar privilegiado, trato de ponerle significado a la palabra de mi abuela, evocando el tono misterioso de su voz en

mi mente. La imagino cerca de mí, agarrada a la baranda del barco mientras espera a que me reúna con ella.

Le encantaba navegar.

Quizá quiso explicarme que cualquier momento especial es etéreo, pues era de esas pocas personas que viven de verdad en el presente. De esas que se quedan mirando las formas de las nubes durante minutos eternos, o no se enfadan por tener que esperar en las colas enormes de los supermercados. Para mi abuela, esperar nunca fue un inconveniente. Más bien, un aliciente. Un minuto de más le servía para estirar y alargar instantes, para hacer momentos todavía más grandes; incluso, volverlos especiales. Y de esa manera conseguía coleccionar anécdotas. Las hacía parecer extraordinarias.

Ya es tarde, pero no quiero moverme. Quiero seguir pensando en los momentos etéreos que he ido dejando escapar, y aquellos que yo mismo me encargué de destruir. Divago tanto que, cuando vuelvo al barco, me cuesta conectar de nuevo con la vida que he dejado en pausa antes de entrar en contacto con el agua. Tardo en escuchar el tono del móvil, pero tardo mucho más en responder a la llamada.

—*Siete llamadas perdidas hasta dar contigo. Ya pensaba que te habías ahogado.* —La voz de Gabrielle me saluda con su típico deje divertido.

—Ya ves que no —resoplo. Siempre está con la misma broma.

—*Me alegro. ¿Estás de camino, entonces?*

—De camino a una ducha. —Aprovecho ese instante para estirar los músculos de la espalda y el cuello.

—*Como no vengas, te prometo que te dejo sin clientes* —intenta amenazarme, pero su voz no suena del todo convincente.

—¿Vas a pagarme tú la gasolina hasta tu nueva casa, o cómo va el asunto?

Esto sí que le ha hecho gracia. Se atraganta con lo que sea que esté comiendo antes de poder hablar de nuevo. Tose un par de veces para aclararse la garganta.

—*¿Ahora te preocupa lo que gasta ese monstruo que tienes por coche?*

Dejo caer la toalla en la baranda, buscando mi ropa. En cuanto la humedad empieza a evaporarse de mi piel, soy consciente del odioso calor de agosto. Hace que el cabello mojado se me pegue a la cara.

—Voy a ir solo para que dejes de darme el coñazo con la inauguración, pero tendrías que haberte impuesto antes de dejar que tu novia decidiera que os teníais que mudar a más de una hora de distancia.

—*Son las mujeres las que mueven el mundo, ya lo sabes. Si la mía quiere una villa en Caronia, los dos queremos una villa en Caronia. Las cosas funcionan así, Dorian.*

Cojo aire mientras pienso, durante unos segundos, en mis opciones.

—No pienso llevar nada —le suelto al final. Lo escucho reír mientras dejo activado el manos libres para ponerme la camiseta—. Lo digo en serio.

—*La cena es a las nueve, y las bebidas han empezado ya. Tengo tu disfraz esperándote.*

—Ni de coña.

Pese a todo, y a que mis amigos no están bien de la cabeza, termino sucumbiendo a ellos. Porque, además de pedírmelo a gritos, coreando de fondo en la llamada, me dan tantas opciones que al final me hace gracia escoger algunos de los disfraces que han preparado.

El tema de la inauguración es una excusa para juntarnos a todos después de no sé cuántos años sin coincidir a la vez. Por eso termino dejándome caer por Caronia. Y porque, si no, Gabrielle me lo recordará por el resto de mi vida. Sé que mudarse tan lejos

no le ha hecho gracia, y que mi presencia en el reencuentro es una pieza para que su puzle mental de prioridades cuaje.

Poco más tarde, vuelvo a pensar en la palabra «etéreo» cuando la mirada de Ambra me encaja en la definición. Es fugaz y frágil, aunque no tarda en perderse como si nunca hubiera existido. Entiendo que me evita cuando la rodeo, yendo hacia una de las habitaciones que me ha señalado Gabrielle después de verme. Mi amiga hace como que no somos los únicos que están en la estancia.

—Ey —la saludo. Se ve forzada a detenerse para entregarme una sonrisa incómoda.

—Hola, Dorian. —No se me escapa que me evalúa con precaución, como si algo dentro de ella no estuviera bien. O como si algo entre nosotros fallara. Al final, solo necesita unos segundos para que su expresión cambie antes de abrir los brazos en mi dirección—. Ven aquí.

Acudo al abrazo, algo más tranquilo, porque mi amiga vuelve a estar como siempre. Me recibe con una calurosa bienvenida de las suyas, abrazándome de verdad, con fuerza. Después me sonrío como si el momento de duda del principio nunca hubiese tenido lugar.

Fui de los primeros en ver la casa y ayudar con las decisiones importantes. Pero es cierto que, desde la última vez que estuve, la cosa ha cambiado. En lugar de beber cervezas de lata en un jardín lleno de arbustos y plantas salvajes, pasamos a alzar copas de cristal aderezadas con licores y hojas aromáticas. Y somos más esta vez; el círculo se ha expandido un poco.

Cuando regreso, ya con el disfraz elegido puesto, soy consciente de que la mirada etérea de Ambra no me la he inventado, porque gestos iguales se suceden entre la gente que me saluda y me abraza, dándome la bienvenida a la fiesta del exterior. Me hago el loco, porque intuía que no me miran como lo hacen porque esté vestido

con una bata blanca y un estetoscopio de plástico. Seguro que hay algo que se me escapa, algo que no me han dicho. ¿Por qué me parece que están todos raros conmigo? Es cierto que llevo tiempo enfrascado en el trabajo, que quizá haya descuidado un poco ciertos vínculos... Pero ¿es motivo para que me miren con esa extraña expresión de lástima?

Aprieto los dientes y busco a Gabrielle para quitarme de encima la sensación incómoda. Me he cabreado como un mono al ver los cuernos de diablo dentro del saco de los disfraces, y pienso ponérselos en la cabeza como advertencia. O lanzárselos mientras esté distraído. ¿De qué coño va?

Lo localizo apartado de la gente. Lleva una blusa de lino blanco —demasiado abierta— debajo de una americana negra con finas rayas blancas, con unas bermudas muy anchas. Con el brazo derecho rodea a una muchacha a la que cubre casi por completo; no puedo verla bien. Gabrielle es muy alto; un tío grande.

Esquivo copas mientras trato de alcanzarlo. Recibo cálidos abrazos por el camino, cumplidos por el éxito de la empresa de buceo que manejo desde hace unos años, y comentarios sobre el coche que he dejado aparcado en la entrada. Me río, empezando a olvidar las miradas cautas que, al principio, me han desconcertado. Alguien me pasa una copa grande, con hielos que atrapan semillas y pipas de calabaza en su danza entre el vidrio labrado. Pregunto por la pijada del detalle, y todos ríen la gracia. Hasta que la mano de Gabrielle me sujeta por detrás del hombro. Entonces, parece que hasta la música desciende unos tonos. Y la gente empieza a alejarse de manera sutil, se enreda en otras conversaciones.

Sé que es mi amigo por la forma que tiene de meter los dedos en el hueco de mi clavícula. Después me palmea el costado del cuerpo.

—Tengo que hablar contigo, tío —dice, aún tras de mí.

Esas cinco palabras me recorren entero hasta clavarme sobre el porche con pérgola en el que nos encontramos. Pienso en el nuevo lugar de mi cuerpo que ocupará la palabra en la que llevo pensando horas cuando me la tatúe. Lo he pensado por el camino. Decido centrarme en eso porque Gabrielle me transmite una tensión que no quiero enfrentar, no después de estos últimos meses de calma. Cuando sus ojos marrones se encuentran con los míos, sé que ha hecho algo que no va a gustarme. Pero nada de lo que pienso en décimas de segundo se asemeja a lo que descubro tras él, junto a la baranda de mármol bajo la pérgola blanca.

Nunca hubiera apostado por la opción que me encuentro. Nada me prepara. No puedo más que recibir el golpe.

Empujo a Gabrielle antes de que vuelva a tocarme. Con él, se van los cuernos de diablo, que le lanzo al mismo tiempo. No sé si me he pasado, pero me da igual. Es un cabrón. Es un maldito cabrón. Busco a Ambra en mitad del desconcierto, porque ella también está metida en el ajo. Lo tengo claro. Están compinchados. De ahí su comportamiento esquivo al recibirme.

Ahora entiendo la insistencia de ambos por la reunión, por volver a estar juntos como grupo antes de que todos termináramos escogiendo caminos cada vez más separados.

Ahora lo entiendo todo: las llamadas perdidas, la insistencia, el tener que dejar libre la agenda de un fin de semana entero. Llevar una bolsa de ropa en el maletero. ¿De verdad pensaban que la encerrona iba a salir bien?

—Dorian, vamos a hablarlo.

Aparto la mano conciliadora de Gabrielle de otro manotazo. Va vestido de una especie de *gangster* hortera, con los bolsillos de las bermudas llenos de puros. Me entran ganas de aplastarlos contra sus huevos, pero me contengo.

—No tengo nada de lo que hablar —suelto entre dientes. Y es la verdad.

Es la jodida verdad.

Me siento atrapado cuando esos ojos me devuelven la mirada. Están brillantes, llenos de chispas que no reconozco. Me observan titilantes, con un anhelo que no me interesa. Porque no la quiero. Es la chica que estaba oculta tras el cuerpo de mi amigo.

No puedo enfrentarme a ella, de modo que la detengo con la mano en alto para que no se acerque. Cometo el error de bajar la mirada a sus largas piernas, perdiéndome por el camino en la forma en la que se sostiene ante mí.

Me siento tan mal que creo que estoy a punto de desmayarme. La presión me ahoga, las voces del gentío me aturullan. Ella se detiene unos segundos, antes de emprender la marcha de nuevo hacia mí, saltándose mi advertencia, y yo soy incapaz de que me respondan las piernas o me lata de nuevo el corazón. Gabrielle me sujeta porque sabe que no estoy bien. Él lo sabe todo, fue testigo de lo que la chica rubia y yo nos hicimos juntos. Y el que se encargó de cargar conmigo cuando todo se esfumó.

Etéreo.

Eso es.

Todo encaja.

Fuimos etéreos, delicados; tanto que nos volatilizamos como humo.

Enseguida lo visualizo. En el pecho, debajo del pectoral derecho. Ahí irá la nueva firma en tinta en cuanto consiga salir de aquí.

—Sé que esto está mal —dice Gabrielle en mi oído—, pero creo que tiene más de un motivo para volver aquí. No tienes que saludarla si no quieres, yo mismo se lo diré.

Lo miro, y, por la expresión que tengo que tener, sé que estoy

jodido. Porque Gabrielle se ablanda tanto que creo que va a abrazarme en mitad de todo el barullo. Las voces se suceden, y Ambra se posiciona frente a su amiga. Antes de que la ponga tras ella, me fijo en el brillo dorado de su cabello. Lo tiene largo y dorado, como las piezas engarzadas que resaltan entre sus mechones lacios. Lleva serpientes doradas a modo de adorno.

Al comprenderlo, me ofendo todavía más.

Temblando, aprieto los puños y la miro.

—¿Medusa? —Ella se encoge ante mi pregunta, como si hubiera olvidado el sonido de mi voz—. ¿Desde cuándo tu nombre empieza por la letra *m*? Se supone que debemos disfrazarnos de acuerdo a la primera letra de nuestro nombre.

Es lo único que puedo decirle, aunque quiero gritarle tantas cosas que no entiendo por qué la primera ha sido esa gilipollez. Si lo ha hecho para tratar de ablandarme o encontrarme receptivo de alguna manera, le ha salido el tiro por la culata.

—Mi nombre empieza por *m* —responde en tono tranquilo, pero sus ojos dicen lo contrario. Estamos a punto de desatar una tormenta—. Me llamo Murphy, ya lo sabes.

Niego. Aprieto los puños. Vuelvo a negar.

No se llama Murphy. Murphy no existe.

Murphy desapareció. Le entregué lo mejor que tenía y se lo llevó. Así que no puede ser.

—Es solo un apodo estúpido, Greta. Déjate de gilipollez.

Sus pupilas se vuelven dos puntos diminutos cuando escucha su nombre real de mis labios, como si mis palabras fueran insultos o hubiera soltado una maldición atroz. No tarda en suspirar, rodeando a Ambra para que pueda verla sin nada ni nadie que lo impida. Queda expuesta ante mí, como yo lo he estado desde el principio ante todos.

Es etérea, tiene que serlo: ya no pertenece a mi mundo. No tardará en volver a marcharse, por lo que no merece la pena que vea cómo de roto está todo. Me incendió y nos quemamos. Prendió una hoguera destinada a arder con todos nuestros recuerdos, y no quedó nada de nuestra vida juntos en Cefalú. No se salvó nada de aquel infierno.

La chica disfrazada de gorgona moderna se acerca a mí, mientras que la gente a nuestro alrededor guarda silencio. Parece que nadie respira. Y cuando ya la tengo tan cerca que soy capaz de reconocer su perfume, y sé que, pese a que no puedo dejar que suceda, va a abrazarme, recuerdo de nuevo cosas de mi abuela. No son definiciones de palabras bonitas, sino una especie de advertencia que me hizo distraída, el último día que pudo volver a la playa antes de marcharse. No sé por qué, en los momentos más inesperados, soltaba cosas graciosas; otras difíciles de creer.

Los brazos de Greta me rodean mientras soy incapaz de moverme. Permanezco estático como una estatua de piedra, con los brazos fijos e inútiles, en ambos costados. Su cabello rubio me roza la mejilla, sus manos me acarician la espalda, sus brazos me envuelven. Ella se entrega a mí, pero yo no puedo moverme. De lo contrario, terminaré rompiéndome.

La frase de mi abuela resuena en mi cabeza todo el tiempo que Greta se instala cerca de mi pecho, esperando que mis extremidades de cera se derritan: «Tú llorabas, ella volvía. Aparecerá como una sombra, escondiéndose de lo que dejó atrás. Volveréis a tropezar, porque es a lo que estáis destinados».

No encuentro la forma lógica de afrontarlo, solo me concentro en no llorar.





No recordaba que, aquí, la mayoría de las casas que conozco tocan el mar.

Siempre pensé que viviría y moriría en Italia, cerca de todo esto. Rodeada de la masa azul que mueve barcos y sube y baja con la luna.

Ese pensamiento me inunda de nuevo cuando el agua fresca me llega hasta los tobillos. Y cierro los ojos, queriendo dejar la mente en blanco. Solo permito que el sonido arrollador de la espuma salada deshaciéndose entre la arena sea lo único que habite en mi mente los minutos que permanezco aislada del mundo. Me abrazo, como si de esa manera fuese capaz de protegerme de la brisa. Pero la brisa no duele, no hiere. No como lo hace todo lo que llevo dentro. Siento las emociones revueltas, haciendo trompos por todo mi interior, desliziéndose por mi estómago queriendo darle la vuelta.

Ando por la arena, sintiendo cómo me hundo en ella. Me atrapa, me arrastra con el agua, cada vez más hacia dentro. Siento el frescor casi por las rodillas.

Entonces, en el momento en el que me permito bajar las defensas, escucho su voz, que se alza más fuerte que las olas que se deshacen en la orilla, a mis pies.

—¿Por qué has vuelto, Murph? ¿Por qué ahora?

Me roba el aliento, ¿o es el mar el que hace que me quede sin respiración? No estoy segura. Escuchar ese apodo de nuevo es una liberación, aunque sé que no debería prender todavía mi última bengala de luz para que pueda encontrarme; sería inútil. Dorian no se arriesgará a buscarme; al menos, no todavía. No tan rápido.

Bajo los brazos en señal de rendición. Lo último que quiero es provocar que la cicatriz de nuestra herida vuelva a abrirse, pero la expresión lastimera de su rostro me dice que su herida supura tanto que no se cerrará jamás. La que yo hice, pensando en el bien de los dos.

Decido responderle con sinceridad.

—Necesité parar, supongo. —Me encojo de hombros, haciendo que mi abrazo se extienda por mis brazos temblorosos. Al principio, el frío del agua era agradable, pero conforme el sol planea sobre el mar, fundiéndose con el horizonte, menos me agrada—. A veces es necesaria una pausa, un punto y coma para poder seguir —digo, pero apenas reconozco mi voz.

Doy la vuelta para enfrentarme a él. Está a muchos metros de distancia. Es cauto, y me alegro de que trate de protegerse. Le enseñé bien. Las mentiras sirvieron para algo, al menos.

No se mueve, deja que la espuma del agua se disuelva lamiendo la piel de sus piernas.

—No como nosotros, que fuimos un punto y aparte. —Asiente sin mirarme. Sus ojos se pierden en el horizonte, muy lejos de los míos. Quiero seguir su trayectoria, pero duele contemplarlos; ver el dolor que se refleja en ellos—. La pausa más jodida que hay. Y luego nada, nos quedamos en ese... limbo. En ese aparte, como si nada.

Quiero replicar, pero no me da opción a ello. Se abraza el cuerpo como yo. Observo sus brazos imitando la posición de los míos, y no puedo evitar fijarme en cómo el tiempo lo ha cambiado. Lleva el

pelo más largo, pero mejor recortado por los laterales. Oscuro, pero más claro por las puntas, por la sal y el sol. Los últimos rayos de luz que quedan en el cielo se reflejan en él, dándole un tono castaño que no había visto antes. Me muerdo el interior de la mejilla sin ser consciente al principio de que también estoy apretando las uñas contra las palmas de las manos.

Estoy tan nerviosa que puedo desmayarme. Y toda la fuerza de voluntad que poseo está concentrada en la presión de mis manos, porque, de lo contrario, corro el riesgo de salir corriendo para alcanzarlo. Quiero volver a abrazarlo, enredar los dedos en las puntas castañas de su nuevo peinado, acariciar la barba de varios días que luce de manera despreocupada. Caernos en la arena como lo hicimos cuando fue nuestro momento. Que me abrace mientras rodamos y el polvo se cuele en nuestra ropa, pegándose a nuestra piel, por todas partes.

Tengo que tragarme tantos sentimientos de golpe... que me ahogaré si no salimos pronto de esta playa.

—Perdona por el abrazo. Sé que antes te he incomodado —me disculpo. Él pateo una piedra, que rueda hasta la orilla y se pierde entre el agua y la arena. Mi cuerpo se estremece pensando que ha estado cerca de darme y a Dorian parece no haberle importado en absoluto.

—Nunca has tenido problema para invadir el espacio personal de la gente —gruñe.

Parece un ataque, pero no lo es. Expone la realidad tal y como es. Siempre he sido la amistosa del grupo, la que se deshacía en abrazos sin importar que nadie los pidiese. Murphy era la chica que todos querían tener como amiga porque consolaba mejor que nadie. Daba los mejores abrazos, y nunca, jamás, dejaba a nadie llorar. Hasta que no supe controlar lo que Dorian y yo construimos

juntos. Entonces, temblaron los cimientos de mi propio carácter. Cuando cayó la primera viga del edificio, haciendo peligrar nuestra relación, no pude con la presión.

Fue la primera vez que fallé como amiga, porque lo dejé llorar sin poder reaccionar.

No acudí a su rescate, dejé que su seguridad se rompiera, y, con ello, nos desgastamos hasta no poder juntar nuestras piezas de nuevo.

Todo eso es lo que encuentra Dorian al mirarme a los ojos. Es atrevido, sabe que es una jugada arriesgada, pero aun así lo hace. Encuentra las ruinas que llevo dentro y yo veo las suyas. Me pregunto si, entre las cenizas, quedará algún ascua viva que pueda reavivar algo del calor que creamos. Solo un poco.

Hace frío, por lo que salgo del agua. Él hace lo mismo. Nos soltamos el cuerpo a la vez, separados a tanta distancia que parece que nuestros brazos se conectan como un títere y la mano que lo mueve, movidos por hilos invisibles que dejan pasar la poca luz que queda en el horizonte. Se quita la bata blanca con cuidado de no tirar el estetoscopio de juguete y me la tiende. Es un gesto tan rápido, tan automático que no lo puedo procesar. Hasta que habla, haciendo que sus palabras me duelan:

—Ten, huele a ti. No la...

Tiro de la manga para atrapar la prenda, haciendo que se calle. Si llego a escuchar el fin de la frase, es muy probable que no pueda seguir controlándome.

Arrugo la bata con fuerza en mi puño, tomando rumbo de nuevo hacia la casa de Ambra y Gabrielle. Desde la playa, pueden verse los farolillos encendidos, las cascadas de luces enrolladas por la pérgola del jardín trasero, y el verdor de las enredaderas, que ya empiezan a camuflarse con el color oscurecido del cielo.

Camino rápido, pero sé que mis zancadas no son lo suficientemente largas para que las tuyas no me alcancen. Lo hace, pero manteniéndose a una distancia enorme.

—No pensaba que te atrevieras a seguirme —suelto molesta.

—No pensaba que volverías.

Me detengo de golpe. Esta vez, él se adelanta. No se detiene hasta que se lo pido. Con las manos en los bolsillos, dándome la espalda, me deja hablar. Me fijo entonces en la forma en la que sus hombros se marcan bajo la camisa de lino, con las mangas enrolladas hasta los antebrazos. Está muy cambiado, aunque, al mismo tiempo, sigue siendo el mismo Dorian con el que me escabullía las noches de verano. El mismo muchacho que me abrazaba dentro y fuera del agua, cuando todos miraban. O cuando nadie lo hacía. Daba igual.

—Voy a quedarme —anuncio.

—¿Cuánto tiempo?

—El que necesite.

—¿Cuánto tiempo, Murphy? —pregunta de nuevo, visiblemente molesto. Saca las manos de los bolsillos antes de volver a plantarme cara.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Vas a huir de mí?

—Es justo lo que quiero: no cruzarme contigo. —Su sinceridad se me clava en el pecho.

—Dorian...

—La única razón por la que te he seguido hasta la playa es porque todos nos estaban mirando, y necesitaba dejar de sentirme como una mierda. Todos me miraban con cara de pena, queriendo palmearme la espalda. Le he pegado a Gabrielle, ¡dos veces! —Se lleva las manos a la cabeza—. Le he dado una hostia impresionante a mi mejor amigo por hacerme esta putada, por exponerme de esta

manera en esta encerrona que habéis trazado. Así que sí, necesito saber el tiempo que vas a quedarte para no cruzarme contigo.

»No sé cómo lo ves tú, pero yo no puedo encajar esta situación. Lo siento, no puedo enfrentarme a ella. Es demasiado... Así que volveré a preguntártelo para que me respondas de una vez. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte en Cefalú?

Tomó aire. Parece no gustarle el gesto, puesto que se huele una respuesta que no va a agradarle.

—He comprado la antigua casa de mis padres —suelto. Aprieto la bata con más fuerza para liberar tensión de alguna forma, antes de seguir explicándome—: Voy a reformarla durante lo que queda de verano. Supongo que, cuando esté lista, me marcharé de nuevo.

—¿Qué? —Boquea—. ¿Para qué cojones has comprado la casa?

—Para mí.

—¿Para alquilar?

Niego.

—Para venir... cuando lo necesite.

«Para escapar, para refugiarme». Es lo que quiero decir de verdad, pero no me atrevo. Sus ojos se prenden como peligrosas llamas que puedo ver incluso con la oscuridad que se nos echa encima.

—¡Joder, Murph!

Tengo que perder la vista en las luces de la casa, que relucen a pocos metros de nosotros. Las lágrimas hacen que me ardan los ojos, pero resisto. Lo hago hasta que vuelvo a adelantarlo por el camino y se queda tras de mí. Corro, me alejo todo lo que puedo, y es entonces cuando no puedo soportarlo más.

Ni siquiera me llama, no trata de retenerme. Solo le interesa perderme de vista.

Ambra me espera en el acceso privado del jardín de la casa con un largo pareo, que me echa sobre los hombros en cuanto me ve

aparecer. Sus manos cálidas atrapan mis mejillas y algunas de las lágrimas que se me pegan a la piel.

—Lo he escuchado —me dice para que no tenga que hablar y exponerme así a romperme un poco más—. Tranquila, todo se arreglará. Está dolido, Murphy. Es normal. No te martirices por lo que pasó.

Es imposible no hacerlo.

Le defraudé. Decepcioné justo a la persona que menos se lo merecía.

Le mentí.

Lo perdí.





Por cómo me mira, sé que está aguantando las ganas de meterme la cabeza bajo el grifo de la cocina y ahogarme en la pica de piedra, que acaba de estrenar para que la bolsa de hielo se suelte un poco. Aporrea el mármol de Carrara con ella con tal violencia que creo que puede llegar a abrir una brecha en la piedra.

—Perdona —le digo de nuevo, tratando de que pare. La piedra es cara de cojones. Yo mismo pude ojear los catálogos antes de que la eligieran.

—Ya te he perdonado —gruñe Gabrielle—. No me lo digas más.

—Es que te has ganado que te pegara.

—Estamos hablando de Murphy, ¡tu Murphy! —exclama, lanzándome la bolsa de hielo. La cojo al vuelo, pese a que mis reflejos me juegan una mala pasada y termina dándome en pleno abdomen. Aun así, no replico. Trago saliva al incorporarme—. Entiendo que estés confundido, pero sigue siendo nuestra amiga. Sabes que Ambra la defenderá a muerte. ¿Cómo no iba a traerla a casa?

—Tendrías que haberme avisado.

—No habrías venido.

—Exacto. —Siento cómo mis ojos se desorbitan.

—No me seas crío, Dorian.

—Habló el que ha ideado la treta.

—En realidad, ha sido ella —se justifica—. Nos pidió venir a casa unos días mientras pensaba en cómo volver a Cefalú sin armar un revuelo. Pensó que verte en la fiesta, con todos, reduciría la tensión.

Me paraliza de nuevo, antes de lanzarle el hielo de vuelta. Se lo lleva al costado, apretando los dientes. Le he dado bastante fuerte.

—Está como una cabra. —Suspiro.

—No hables así de ella.

Me muerdo la lengua, pero comprendo que tiene razón. Yo no soy así, no soy agresivo.

—¿Y qué quieres que diga? ¿Qué quieres que haga?

—Hablar con ella como el adulto que eres. Ha pasado mucho tiempo; seguro que podéis volver...

—Jamás.

—Iba a decir que seguro que podéis llegar a una relación de amistad cordial. Volver a la vida del otro de forma gradual. De manera natural, sin forzar las cosas. Es lo ideal, Dorian.

—Claro, volver a tener una relación cordial. —Fuerzo la risa—. ¿Cómo mantengo una relación cordial con la mujer que me dejó, Gab? ¿Cómo lo hago? —Me siento en la isleta de la cocina, extendiendo los brazos para que me comprenda—. Explícamelo y lo haré, de verdad. Lo intentaré.

Suspira.

—No te cierres en banda, tío. Has cambiado mucho desde eso. Los dos lo habéis hecho. Antes erais dos críos empezando a enamorarse, y ahora sois dos adultos distintos.

Niego, mordiéndome el labio inferior. Pierdo la mirada en el infinito. Siento sus palabras muy injustas.

—Yo no jugué a querer con ella, y lo sabes. La quise. La quise demasiado.

—Nunca se quiere demasiado. —Es Ambra la que interrumpe la conversación. Se posiciona entre los dos, dedicándole antes una mirada lastimera a su prometido. Lo besa con delicadeza en los labios, antes de darme un pellizco bajo las costillas que me deja sin respiración unos segundos—. Y nunca, pero nunca, Murph y tú vais a dejar de quereros. Lo sabes. Porque, como bien le has dicho a tu amigo, con Murph no fuiste a medias. Cuando vas con todo, Dorian, siempre volverás con todo.

Cierro los ojos, pinzándome el puente de la nariz antes de que las palabras de Ambra se me enreden por dentro. Es tarde cuando siento los arañazos bajo el pecho. Joder, tengo que tomar una bocanada de aire al levantarme para que no me flaquee las piernas. Aun así, me doblo un poco, apoyándome en las rodillas. Me abro la camisa todo lo que puedo para que no me asfixie esta sensación de agobio que empieza a comerme.

—Os quiero, pero esto no os lo perdonaré nunca. —Hago una pausa dramática, en la que me refugio unos segundos para tomar aliento—. Daré el peor discurso de la historia en vuestra boda, y no enseñaré a nadar a vuestros hijos. No los aceptaré en mis clases de buceo. ¿Es lo que queréis? Si la apoyáis a ella, os arriesgáis a que renuncie a ser el padrino de vuestro primogénito.

—No serás el padrino de nuestro primogénito —replica Gabrielle, negando con descaro—, ¿estás loco? Para que se te caiga en la pila bautismal.

—¿Pila bautismal? —Ambra se encoge entre risas—. Creía que te había dado en el costado, no en la cabeza. No vamos a bautizar a nuestros futuros hijos.

Gabrielle la abraza por la espalda, dándole besos en el cuello que hacen que ella grite a causa de las cosquillas. Y yo me niego a seguir presenciando la escena. Los dejo enredados, disfrutando de

sus besos y su compañía en la cocina de su nuevo hogar mientras no sé dónde refugiarme. Es probable que no se den cuenta de que no sigo con ellos hasta dentro de un buen rato. Son tan empalagosos que me recuerdan a lo que una vez tuvimos Murphy y yo. Y eso me enerva. Sé que no es justo enfadarme porque dos personas disfruten tanto de su amor, pero es inevitable que eso me recuerde a lo que ya no tengo.

Me río de mí mismo cuando caigo en que, desde que sé que a ella le ha molestado que la llamas por su nombre real, he dejado de hacerlo. ¿Cuánto he tardado en bajar la guardia? ¿Un minuto? ¿Y pretendo aguantar todo lo que queda de verano?

Al salir de la cocina, veo dos maletas rojas familiares en la entrada que antes no estaban. El recibidor acristalado filtra la luz encendida al otro lado de la puerta. Al abrirla, la veo abrir los ojos tanto como yo, por la sorpresa al habernos encontrado de frente. Retrocede un escalón, tratando de recomponerse.

—¿Te vas? —pregunto, ante lo cual ella asiente despacio—. Es tarde.

—Da igual. Me apetece llegar a casa. —Pese a que me nace replicar, me limito a reír con ironía—. ¿De qué te ríes? —Me encara—. ¿Crees que lo de venir aquí ha sido un plan ideado para reconquistarte o algo? ¿Que he venido por ti?

—Espero que no, porque vaya mierda de plan, entonces.

Trata de empujarme, pero me aparto antes de que tenga la oportunidad siquiera de rozarme. Se abalanza sobre la primera maleta, la más grande de todas.

Me ha bastado un segundo para reconocer su equipaje. Fue el juego de maletas que se compró para el primer viaje fuera del pueblo. Yo mismo le ayudé a encontrarlas. Recuerdo que ella no quería comprarlas porque eran las más caras de todas. Yo le

aseguré que serían una inversión necesaria. Puse la mitad del dinero.

—No he venido por ti —insiste. Arrugo la nariz.

El cabello lacio, lleno de serpientes doradas, le cae sobre ambos hombros al tratar de arrastrar el equipaje tirando del asa sin usar las ruedas. En un segundo, se le encienden las mejillas cuando comprende que estoy frente a ella, observando cada centímetro de su rostro. En realidad, lo hago para molestarla, aunque no entiendo bien por qué. Si lo último que quiero es mirarla, o estar cerca de ella. No quiero estar en la misma estancia que Greta, ni compartir el mismo aire.

Debo de estar loco por no dejar de fijarme en lo mucho que se han alargado sus pómulos. También me fijo en cómo se han curvado sus labios y su nariz alargada, algo más redondeada de lo que recordaba. El maquillaje, aunque sutil, resalta sus ojos marrones, que relucen con un brillo ambarino cuando la luz cálida del porche los alcanza.

—¿Qué haces? —Me saca de mi ensoñación.

—Te miro.

—¿Y por qué me miras?

—Porque pensaba que habrías cambiado más. Pensaba que estarías diferente.

Suelta la maleta.

—¿De verdad piensas que me creo esa tontería? —Ladeo la cabeza, sin entenderla—. Mi cara ha salido en todas partes, Dorian. Mi última campaña se ha anunciado en la tele.

—No veo la tele.

—Estás de coña. —Niego—. Internet, los anuncios... —tantea, pero vuelvo a negar—. ¿No has visto ninguna de mis campañas?

Niego. En realidad, sí que las he visto, pero las he evitado al

máximo, tratando de no fijarme. ¿Puede haber algo más incómodo que el que tu exnovia salga expuesta en lonas gigantes, bañando fachadas de edificios por todo el jodido continente?

—¿Te molesta?

—No, lo agradezco, la verdad. Sobre todo por la de Calvin. —Resopla en voz alta, ladeándose de nuevo hacia la maleta—. Esa fue bastante incómoda.

—Lo has dicho para tratar de molestarme, ¿no? Por lo de la ropa interior, supongo.

—No he dicho que haya sido de ropa interior. —Sonríe. Y, por primera vez en nuestro reencuentro, veo una sonrisa tan auténtica que siento un miedo atroz partirme el pecho en dos. Así que me alejo de ella, retrocediendo un paso. Es cuando lo capta y fuerza a la sonrisa a morir en sus labios.

Joder. Sus mejillas se apagan. Sus pestañas se entrecierran. Toda la piel de su rostro brilla como si se hubiera bañado en purpurina. Me escuecen los dedos, sintiendo la necesidad de quitársela. Le sobra. Pero eso ya lo sabe. Sabe que es preciosa, y que no le hace falta nada para brillar. Pese a saberlo, ha usado los polvos para marcar bien sus pómulos, la punta de su nariz y parte de la barbilla. Todo para que la mire bien.

—Ahora es cuando me dices que yo soy el gilipollas que tiene que llevarte de vuelta a Cefalú, ¿verdad?

—No. —Alza la mirada—. Es el gilipollas que ha aparcado un Audi negro en la entrada. Me voy con ese.

—Para de vacilarme.

—¡No te vacilo! Es lo que me ha dicho Gab, que ha hablado con uno de sus vecinos. Me voy con él.

La aparto sin miramientos para salir al porche antes que ella. La poca luz sobre la puerta alumbra lo suficiente como para ver el

inicio del morro de mi A7. Respiro aliviado un segundo, hasta que algo de lo que ha dicho hace que me cortocircuite.

—Ese es mi coche.

—No, es el del vecino de Ambra y Gabrielle. ¿Cómo vas a tener tú ese...? —Al cerrar los labios, me mira boquiabierta.

—Los voy a matar, te juro que los voy a matar.

—Hostia... —balbucea al comprender—. ¿Han podido...? No han podido engañarme.

Pero lo hacen, nos engañan. Y me veo obligado a coger las maletas de Greta para acomodarlas en el maletero de mi coche antes de que ella, o bien arañe la pintura al arrastrarlas demasiado lento, o llame a un taxi. He estado tentado de aceptar esa última opción, pero todo el grupo se ha negado. En un momento le han salido tantos chóferes que he explotado. Hasta Gabrielle se ha ofrecido a llevarla.

—Es una hora y media de camino —replico, poniendo los ojos en blanco—. Tú eres el anfitrión, no puedes dejar la casa antes que tus invitados. Yo me encargo de este grano en el culo.

—¿Cómo me has llamado?

—¿Te lo repito, Greta?

Odia su nombre, debe ser esa la razón por la que sus ojos tratan de matarme. Me da igual, resistiré las lanzas con las que quiera atravesarme; no le daré el gusto de escuchar otra cosa. No se lo merece. Tengo que recordarme que la chica que se apoya en mi carrocería no es Murphy, es Greta Caruso. Y yo nunca sentí nada por Greta. Esa versión de ella me es desconocida.

Sí, pensando de esta manera creo que puedo encontrar algo a lo que agarrarme si llego a flojear.

Cierra la puerta con tanta fuerza que maldigo. No sé qué taco suelto, pero algo digo. Ella juega con las luces hasta que me subo al asiento del conductor.

—¿Tienes cinco años? —le pregunto ante su actitud de niña enfurruñada.

—Recién cumplidos —se burla sin mirarme—. No tienes que llevarme, ya te lo he dicho. —No se me escapa la manera en la que se detiene a mirar el espejo retrovisor, como si esperara encontrar algo ahí, además del botecito de ambientador que cuelga. Sus labios dibujan un mohín de decepción.

—Y yo te he contestado unas veinte veces que no le dejaré a nadie mi problema. Yo me encargo, fin.

—No soy tu problema. —Agacha la cabeza tan rápido que las serpientes doradas de su pelo emiten destellos en todas las direcciones.

—Oh, claro que lo eres. —Arranco—. Y de los gordos. No sé qué cojones voy a hacer para resolverlo.

—Aguantarte y resignarte a verme este verano.

—Prefiero cerrar la agenda de buceo toda la temporada.

Las ruedas chirrían al propulsarnos hacia la salida, de pavimento nuevo. Ajusto las luces que Greta ha estado toqueteando y pongo el aire acondicionado. Entonces cometo el error de pensar que el viaje será fácil, lo pienso solo unos segundos, hasta que sé que está llorando. Porque sabe que lo que acabo de soltar lo he dicho completamente en serio.

Finjo que no pasa nada, que, como yo, ella también trata de creer tenerlo todo bajo control.

Desearía que hubiera más luz rodeándonos. Algo de claridad para tener una excusa que me permita poder refugiarme en el paisaje, en lugar de tener que estar pendiente de ella. Contra todo pronóstico, ni siquiera la luna quiere echarme una mano, y me resigno a pedirle a Greta que deje de llorar. Porque con su actitud hace que la situación sea todavía más incómoda.

—No estoy llorando.

—Te he aguantado muchos años, sé que estás llorando.

Suspira antes de volver a fijar la espalda contra el asiento.

—Y qué más dará... —masculla, sin intención de que la escuche.

Se cruza de brazos, tragándose un hipido que me revuelve por dentro.

Maldita sea. Siento ganas de estampar la mano contra el salpicadero. Porque soy gilipollas de remate. Nací en marzo, soy piscis. Todo el mundo dice que eso influye.

La mirada de Greta se clava en mi nuca, sin atreverse a indagar más allá. Y entonces comprendo que no me he quedado solo con la intención: le he dado un manotazo al coche de verdad, conduciendo a oscuras mientras me incorporo a la autovía.

—Para el coche —decreta, ante lo cual yo niego.

—Es peligroso, no puedo parar aquí.

Greta se revuelve en el asiento una vez más.

—Si parar es peligroso, lo que tú acabas de hacer...

—Ya está, no lo he pensado. No voy a volver a hacer ninguna gilipollez.

—Me da igual; para el coche.

—No se puede parar en mitad de la nada, pueden embestirnos.

—Pediré un taxi —reniega, tratando de quitar el seguro, que acabo de accionar—. Quiero bajar. No me apetece estar aquí.

Acelero, y la inercia la pega al asiento. Guarda silencio tras soltar un hipido de sorpresa, con los ojos fijos en la carretera. Así es como zanjo la conversación por el momento. Hasta que un nuevo hipido suyo me ahoga. Me permito distraerme un solo segundo, en el que me recreo de nuevo en los adornos brillantes enredados en su pelo. Las serpientes relucen entre el mar dorado de su cabello, que se aparta de un manotazo para que deje de mirarla.

—Has dicho que no ibas a hacer ninguna gilipollez, pues mira al frente y para cuando puedas.

—Murph, es peligroso. No voy a arriesgarme.



Decido perderme en el paisaje oscuro que se intuye tras los cristales, resguardándome así todo lo que puedo de él y del espacio tenso que hemos creado entre los dos.

En algún momento del camino, Dorian suelta una exhalación con demasiada fuerza; el cuero del volante se rebela entre sus dedos. Aun así, pese a que quiere que le dedique aunque sea una mirada distraída, no le doy ese placer. Permanezco muda y estática contra el cristal, porque si me muevo, si de reojo me arriesgo a contemplar su perfil serio, corro un riesgo brutal de estrellarme de nuevo contra el muro invisible que hay entre nosotros. Ya lo he sentido antes, cuando nos hemos visto en la fiesta y he notado un arpón cruzarme el pecho. Así que no, por el momento, me niego a volver a enredarme yo sola.

No ha sido el reencuentro de mis sueños; él ni siquiera lo esperaba. No podía imaginarlo. Se ha intuido en sus ganas de salir corriendo, o en su extraña intención de querer escupirme.

Al final, tras media hora de camino, accede a detenerse después del cambio de carretera, cuando pasamos la autovía y dejamos atrás el desvío hacia el pueblo, que nos da la bienvenida a lo lejos. Noto los pulmones encogidos por la impresión al reconocer las

lucecitas de las casas, que suben por las laderas y los acantilados. En los pocos segundos que tardo en apearme, el murmullo lejano del mar me arropa, dándome la bienvenida como si nunca me hubiera marchado.

—No podía parar antes, Murph. —La voz de Dorian es apenas un susurro.

Sé que llamarme así es un ingenuo intento de disculpa. Pese a todo, me sorprende.

—Siempre existe la manera.

—Exacto. Y, entre todas las posibilidades, está la opción correcta —dice, apeándose él también.

Es como si sus palabras fueran más allá. Es lo que siento cuando su olor, que ya no recuerdo, viaja por el aire hasta mí. Sigue guardando las distancias pese a que la tensión de su cuerpo grita todo lo contrario. Está enfadado, confuso, lleno de sentimientos contradictorios que lo zarandean en todas las direcciones por mi culpa.

—Te pido un taxi, si quieres, pero haz el favor de apartarte del camino.

Estoy a punto de decir algo cruel y desacertado, como que, a estas alturas, no podría importarme menos que algún coche despistado se salga de la carretera y me arrolle. Pero, por suerte, me detengo justo a tiempo. No he venido aquí para echar más leña al fuego.

Ni siquiera he venido por él.

Eso es lo que me digo cuando me sigue mientras me alejo de su coche, que observo por el rabillo del ojo casi de manera inconsciente. Veo que le ha ido bien en este tiempo. Es lo que pienso al verlo de nuevo con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Su silueta y la de su reluciente coche negro se hacen una hasta que los focos vuelven a bañarlo. Su sombra me ciega un momento. En

una respiración, se posiciona tan cerca de mí que noto dolor en el pecho. Aunque lo que duele es el corazón, bombeando como si nada. Como si nunca nos hubiéramos separado. Como si Dorian y yo aún siguiéramos queriéndonos como lo hacíamos.

Durante un tiempo, llegué a pensar que todavía era así. Poco después del desastre, comprendí lo unidos que estuvimos siempre. Fue un golpe de realidad tan brusco el que viví que creo que mi problema con el insomnio empezó a raíz de eso. Ese día me desperté triste, sintiendo mi alma a kilómetros de mi cuerpo; lo que provocó que me costara horrores ubicarme. Tanto que sentí que seguía dormida durante el resto del día. Como si, de alguna extraña manera, estuviera colgada por los pies de las nubes. Pero la realidad fue otra: salté de la cama con temblores nada más abrir los ojos, y corrí a por el móvil para escribirle. Fue imposible encontrar su contacto, porque debió de bloquearme. Ahí empezó el dolor fuerte en el pecho, las ganas constantes de llorar. La turbia necesidad de olvidar algo imposible de borrar.

Esa sensación amarga continuó creciendo al buscar su foto en redes. Efectivamente, Dorian me bloqueó de todos lados.

—¿Cuánto significué para ti? —suelto antes de procesar lo que digo. Sumergida como estoy en mis propios pensamientos, haciendo tiempo para que llegue mi nuevo transporte y pueda así alejarme de él, no se me ocurre otra cosa con la que asaltarlo.

No puedo distinguir el color de su cara cuando me mira, pero sí puedo reconocer su expresión desconcertada.

—¿A qué viene esa pregunta?

—La verdad es que no lo sé —confieso, bajando la mirada.

—¿Estás pensando en lo que significaste para mí? —Carraspea. Se lleva una mano al pecho, adelantándose un paso—. Entiendo que, si no lo tienes claro, nos pasó lo correcto.

—Nos pasó lo que tenía que pasar, Dorian.

—Lo que tú decidiste que pasara —corrige. Con ambas manos sobre la cabeza, hace un pequeño estiramiento. Imagino cómo se alinean cada una de sus vértebras—. Pero no quiero recordar esa mierda, Greta. Deja el pasado como está, no necesita que lo remuevas.

Me adelanto un paso.

—Si voy a estar aquí, tienes que comprender que es necesario hablar...

—No, no es necesario para nada. —Me encara—. Existimos, fuimos unos chiquillos que creyeron estar enamorados. Fin. —Hace énfasis con las manos—. La cosa se jodió, y lo intentamos. Lo intenté, al menos. Lo intenté tanto..., Murph.

—Lo sé.

—Pues no me preguntes estupideces. —Suspira—. Ya no vale.

Sé que miente. Quiero creer que me miente a la cara, tal y como hice yo. No creíamos estar enamorados; lo que teníamos no era una creencia. No fuimos un pasatiempo.

—Tú sabes lo que significaste para mí.

—Creía saberlo, pero me sorprendiste.

—Dorian, no estábamos bien. —Me doy cuenta de que me retuerzo las manos cuando él capta el movimiento y baja la cabeza.

—No, no lo estábamos. —Le encanta patear piedras cuando se pone nervioso. Se acerca más a mí—. Nos jodimos mucho antes de que tuvieras que irte, ¿no? Dejamos cosas a medias... —No encuentro la manera de seguir respirando después de que su voz descienda unos tonos—. Esa es la única explicación que le doy a nuestro final. Porque me costó tanto entenderlo... Me costó aceptarlo.

—No tardaste más de un par de horas en borrar me de tus contactos —replico, sin poder morderme la lengua—. Si no lo

entendiste, pudimos haber intentado acabar bien. Pudiste llamarme las veces que hiciera falta, pero decidiste zanjar el tema.

—Tú tardaste demasiado en darme la patada. Apuraste al máximo, ¿no crees? Me protegí como pude, Murph. Como necesité.

—Intenté arreglarlo. Lo intenté con todas mis fuerzas, Dorian. —¿Su nombre había quemado tanto antes? ¿Me abrasó tanto el día que lo llamé para despedirme de lo nuestro?

—Deja de mentirme, por favor. Se te da demasiado bien —escupe.

Cuando pienso que voy a estallar por el calor que me ha explotado por dentro a causa de la culpabilidad que me ha hecho sentir, los faros del taxi irrumpen en el camino apartado. Tardo en procesar sus palabras. Tanto que el conductor aprieta el claxon para hacerme reaccionar. Dorian es el primero en acercarse. Habla con él, agazapado en la ventana abierta del copiloto. Paso detrás de él, tragándome lo que sea que me recorre el esternón. Puede que sea la ansiedad, que no me permite que me fije en la forma en la que se le marcan los músculos de los brazos cuando se apoya en la puerta para auparse. Porque ¿qué sentido tiene ahora que Dorian siga atrayéndome?

No sé lo que dicen, probablemente Dorian le esté indicando al conductor hacia dónde tiene que llevarme. Yo, por mi parte, todavía tengo en la cabeza las dichas mentiras. Las culpables de que nos fuéramos a pique.

Tras dejar las maletas en el otro coche, se sube de vuelta en su Audi y arranca sin despedirse de mí. Ni siquiera me dedica una mirada distraída o algún gesto automático.

Una vez aupada en el asiento trasero del taxi, el conductor le sigue de cerca, pero el Audi negro no tarda en perderse en la noche de Cefalú como un punto de luz cada vez más lejano, imposible de alcanzar.

No sé por qué me imagino entonces corriendo detrás de él, mientras que Dorian hace todo lo posible por alejarse a mayor velocidad y yo me destrozo las piernas, tratando de perseguir un imposible. Siendo sincera, no esperaba encontrar una situación mejor de la que me he encontrado al regresar, teniendo en cuenta cómo terminamos. Pero sí que no perdí la esperanza a la hora de vivir un reencuentro menos traumático.

No soy consciente del tiempo que pasa, hasta que el taxi se para justo en la calle en la que viví hasta cumplir los veinte. Mentiría si dijera que el hecho no me deja muda. Me quedo sin palabras otra vez al tenderle mi tarjeta al conductor para que cobre la carrera y me apeo como un *zombie*, pensando en el hecho de que Dorian le ha dado las indicaciones correctas al tipo —que conducía como las tortugas— y yo ni siquiera he caído en el detalle de que tenía que decirle mi dirección.

El tipo, tan alto que debe ir encorvado en el asiento, no me ayuda con las maletas, pues ni siquiera abre la boca tras dar un tirón al freno de mano. Mi equipaje pesa tanto que tardo un rato en arrastrarlo hasta el porche.

Como Dorian, tampoco dice nada al despedirse.

El coche se aleja.

Un bulto del equipaje vuelca sobre el otro, provocando que ambas maletas se tumben sobre el césped quemado. Las farolas de la calle iluminan mi antiguo hogar, frente a mí, pero no me siento en casa. En realidad, la desesperanza que me golpea es arrolladora.

No siento nada aparte de un extraño vacío, como si estuviera hecha de aire. No me pesan los huesos, ni la sangre. Nada dentro parece ocupar el lugar que, supuestamente, ocupa por el mero hecho de que siga viva. Solo me quedo con la culpa, el dolor y las mentiras.

Y, por supuesto, si aprieto los párpados veo los ojos dolidos

de Dorian y la tensión de su cuerpo queriendo estar todo lo lejos posible de mi lado.

Eso es lo que me empuja a dar un paso hacia atrás, en lugar de avanzar hacia la casa.

Y me rompo. Me deshago como espuma de mar.

No soy capaz de fijarme en nada. Todavía no. Ni siquiera me peleo contra la oscuridad en busca del interruptor de la luz. Mis pasos me guían en la oscuridad hasta el salón del recibidor, donde un pequeño sofá oscuro se recorta entre las sombras. Tampoco abro las ventanas. Me dejo caer entre unos cojines que no reconozco, tragándome las pastillas sin agua ni nada que me ayude a digerirlas. Trago, notando cómo me raspan la garganta, y creo ahogarme durante unos segundos.

Siempre ocurre lo mismo. Sé que es extraño engancharse a la sensación de asfixia, pero yo soy extraña en todo. En la vida que llevé hasta cumplir los veinte, y todo lo que hice después, cuando me vi sobrevolando Italia montada en un avión por primera vez. La sensación de asfixia resultó ser lo único que me quedó al inicio y al final de cada nuevo viaje. Al subir y bajar de un nuevo avión, o tras atravesar la puerta de una habitación de hotel distinta. Esa sensación que me raspaba la garganta era lo que me recordaba que arrastraba un pasado con el que no podía cargar.

Después de las llamadas perdidas, los audios en los que mi persona favorita me resumía una semana de su vida separada de la mía, y las puestas de sol sin recordar las veces que había visto la luna lucir en el cielo, la sensación de asfixia era lo que me consolaba. Porque, después, podía cerrar los ojos y olvidar durante un rato.

Como ahora.

No me gusta que la estancia huelga a cerrado, así que espero un olor a mar que no llega. Me quedo en el limbo. Es la única forma de poder descansar.